

CAPÍTULO XVII. *De cómo el agorar y adivinar era de el oficio sacerdotal y muy estimado en todos, así antiguos como modernos gentiles de esta Nueva España*



ENTRE LAS COSAS DE ESTIMACIÓN que los gentiles han tenido y guardado ha sido el agorar y mirar señales que pronostiquen cosas buenas o malas, así presentes como por venir. Y este modo de saberlas ha sido oficio y dignidad sacerdotal entre ellos. Así lo dice Tito Livio, en la *Década tercera*, y Valerio Máximo.<sup>1</sup> Y estos que usaban de este modo de decir las eran, entre estos gentiles, como profetas tenidos en grande autoridad y honra y estimación, porque creían ser fiadores de los dioses (como dice Tulio en el libro segundo *De la naturaleza de los dioses*).<sup>2</sup> Eran también estimados como gente que parecía tener semejanza divina o que se acercaban en parecerse en el poder a Dios siendo mortales, y por razón de adivinar y anunciar los daños y peligros antes que viniesen; y según el mismo Tulio, en el principio de los libros *De divinatione*, eran remedio y salud de la república; y así lo dicen Tito Livio y Plinio.<sup>3</sup> Y había colegio o monasterio muy solemne y autorizado en Roma de estos sacerdotes adivinos, como lo dicen los dichos autores referidos y Flavio;<sup>4</sup> y añade, que una de las glorias de Cicerón (según de ello él mismo se preciaba) era, que fue por Quinto Hortensio, varón claro y señalado, contado en el número de los sacerdotes adivinos, y constituido en su colegio, no porque tuviesen congregación y casa particular, haciendo vida monástica estos sacerdotes adivinos, sino por razón del número sagrado;<sup>5</sup> como decimos ahora el Colegio de los Cardenales, aunque no vivan en monasterios encerrados; y eran éstos tan privilegiados, que por ningún delito que cometiesen jamás eran por él privados de el oficio de sacerdote adivino que tenían. Lo cual no se dice de los otros sacerdotes y ministros de los demonios, según dice en sus *Problemas* Plutarco.<sup>6</sup> Este colegio y orden de sacerdotes adivinos y profetas falsos y necios fue constituido por Numa Pompilio, segundo rey de Roma, como oficio para bien de la república e importantísimo.<sup>7</sup> De éstos se dice haber sido Epiménides, grande filósofo, agorero y adivino, según Platón,<sup>8</sup> en los libros de *Leyes*, donde se llama varón divino; lo cual debió de ser porque los gentiles de su tiempo le pusieron y contaron en el número de los dioses, aunque había sido hombre mortal y pasible; de quien se dicen dos cosas grandiosas, que por serlo tanto las pondré aquí. Una fue, que siendo enviado por su padre Agesarcho al campo, a guardar su ganado,

<sup>1</sup> Tit. Liv. Dec. 1. lib. 6. cap. 41. Dec. 3. lib. 7. cap. 18. Val. Max. lib. 1. cap. 1.

<sup>2</sup> Cicer. lib. 2. de Nat. Deorum. Et 2. de Leg. cap. 18.

<sup>3</sup> Cicer. lib. 1. de Divinat. Dec. 1. lib. 4. Et. lib. 10. Plin. lib. 8. cap. 28.

<sup>4</sup> Flav. lib. 1. de Roma Triumph.

<sup>5</sup> Cicer. ad Cecin. 6. fam. 21. Et 6. 18.

<sup>6</sup> Plutarco. in Problem.

<sup>7</sup> Cicer. de Divin. lib. 1. cap. 3.

<sup>8</sup> Plat. lib. 1. et. 3. de Legibus.

dióle gana de dormir; y no pudiendo reprimir, ni vencer el sueño, entróse en una cueva donde durmió setenta y cinco años, los cuales pasados despertó y fuese a su casa; y como todo lo hallase trocado y mudado y ya no le conociesen, dando noticia de quién era y a lo que al campo había salido cuando en la cueva se quedó, fue conocido por un hermano suyo que había quedado niño o muchacho, y, oído el caso y el largo sueño, túvose por cosa rara y prodigiosa y fue divulgado por la ciudad y reino, y de aquí por toda la Grecia de que era de Dios muy amado.<sup>9</sup> Y como se diese después a la filosofía y ciencias naturales, salió muy sabio y docto; el cual vivió ciento y cincuenta y dos años, aunque otros dicen que más; y por aquel sueño tan largo fue tenido después por dios, porque veáis el juicio de los griegos y en qué cosas ponían la deidad. Otra causa fue, que estando los atenienses afligidos con grandes pestilencias y mortandades, consultaron el oráculo de Apolo, el cual respondió: Conviene que la ciudad y los campos se cubran con sacrificios, no señalando a qué dios, ni con cuáles sacrificios se habían de expiar y purgar; y enviando por Epiménides le preguntaron que ¿qué harían en aquella duda? Y respondió, que echasen ovejas blancas y negras por los campos y que los sacerdotes fuesen tras ellas, y que donde parasen ofreciesen sus sacrificios al dios Ignoto. Hecho esto cesó la pestilencia y mortandad, y desde aquel tiempo le hicieron altares al dios no conocido que adoraban los atenienses; cuyo altar fue el motivo de la predicación de San Pablo en aquella ciudad, y el principio de la conversión de San Dionisio Areopagita.<sup>10</sup> Esto de el altar al dios no conocido, lo dice Diógenes Laercio en las *Vidas de los filósofos*, hablando de Epiménides; por esto fue sacerdote de grandísima estimación y consultado con mucha reverencia y acatamiento y tenido en mucho. De manera que este género o suerte de agorar fue muy estimado y dedicado al oficio sacerdotal; para cuyo efecto constituyó Numa ocho sacerdotes, los cuales andaban solícitos y cuidadosos y velaban mucho en mirar y considerar las señas del cielo y de las personas particulares, para que se supiese lo que en los negocios se había de hacer; y habían de adivinar por sus agüeros si las guerras eran justas o no. Y no fue maravilla que los instituyese, pues dicen que su reinado fue por agüeros y así los estimó en tanto.

Otros sacerdotes había que se llamaban ticiisodales,<sup>11</sup> que vivían fuera de la ciudad en chozas, cuyo oficio era tratar de cierto género de agüero de ciertas aves, de donde les vino el nombre, según dice Marco Varrón.<sup>12</sup> A éstos constituía el sumo pontífice para aquel ministerio de adivinar y agorar las cosas por aquel modo, y de ellos hace mención Lucano. Y, antes que los romanos, hicieron mucho caso de este oficio y manera de sacerdocio otras bárbaras naciones, entre las cuales se nombran antes de los griegos, los pisidas, cilices y etruscos; y antes los caldeos, como lo refiere Lilio Giraldó.<sup>13</sup> Este oficio contenía en sí ver volar las aves, oír los bramidos de los

<sup>9</sup> Diog. Laert, in Vita Epimenid. lib. 1.

<sup>10</sup> Ac. Apost. 17.

<sup>11</sup> Girald. ubi sup. f. 461.

<sup>12</sup> Varron. Lucan. a Girald. relat.

<sup>13</sup> Lil. Girald. Syntagma 17. f. 459. t. 1.

animales feroces, de los movimientos que las bestias hacían, abriendo algunos, mirando sus carnes y entrañas o venas interiores y otras cosas. Esto (dice Séneca)<sup>14</sup> haber hecho Edipo, rey de los tebanos, en una grande pestilencia que sobrevino en su reino; y que los mismos romanos hicieron lo mismo acerca del suceso que esperaban en la guerra civil que hubo entre César y Pompeyo, como lo dice Lucano en su primer libro.<sup>15</sup> Todo esto era hecho por los sacerdotes agoreros que lo tenían por oficio. Y era tanta la potestad de estos falsos profetas, según muchos autores, que podían suspender los comicios, que son las cortes y actos de elecciones, y cualquiera otra junta o congregación consular que hubiese en la república, si por ocasión de algún mal agüero no convenía. Daban y quitaban magistrados, autorizaban unos, desautorizaban otros, según el antojo de sus agüeros y falsas profecías; y así era ley romana, que todos los magistrados y dictados fuesen habidos, con esta calidad auguraria. De éstos escribe Festo Pompeyo,<sup>16</sup> que guardaban cinco maneras de señales. La primera, de los aspectos de los cielos; la segunda, de los graznididos de las aves y de sus vuelos; la tercera, de los animales que andan en dos pies; la cuarta, de los que andan sobre pies y manos; y, la quinta, de cosas crueles y horrendas que se les ofrecían. No había autoridad humana que pudiese privar de este oficio sacerdotal a estos sacerdotes agoreros por ningún crimen que cometiesen; lo cual no se guardaba con ninguno otro sacerdote.<sup>17</sup> Y la razón que daban para no degradarlos, ni desautorizarlos, era decir que el agüero sacerdotal no era oficio de honra y dignidad; que la república daba, ni concedía, sino que era oficio de ciencia y sabiduría y arte, lo cual no se alcanzaba por favores humanos, sino por particular don divino; y que esto no se separaba de la persona pecante, aunque se le quitase la autoridad públicamente de ello; y que pues era inseparable lo fuese también el sacerdocio, y daban un ejemplo con que comprobaban su loco parecer, diciendo, que al médico, aunque le priven de poder curar, no le priven a lo menos de la ciencia que tiene de su medicina; y al músico, de poder cantar, pues le queda saber las consonancias de la música, por esto eran estos sacerdotes estimadísimos y muy honrados y no sujetos a ninguna pena, antes se daban mayores, o las muy grandes se disminuían, o de todo punto se relajaban por orden y parecer suyo.

Los sacerdotes de esta Nueva España tenían también sus agüeros y miraban mucho en ellos y los notaban, en especial cuando oían al búho (que llaman tecolotl), y lo mismo notaban en los mochuelos o lechuzas y otros semejantes, de los cuales auguraban, que si se sentasen sobre alguna cosa, decían ser señal de que había de morir presto alguno de ella; y de encontrar alguna culebra o en el modo de ir o pararse, lo tomaban por agüero y según levantaban sus figuras lo notaban por bueno o malo. Finalmente, de éstas y otras cosas tomaban ocasión, estos sacerdotes y ministros del demo-

<sup>14</sup> Senec. Fragm. Oedipo.

<sup>15</sup> Lucan. lib. 1. Fars.

<sup>16</sup> Fest. Pomp. in. Flau. de Roma Triumphan.

<sup>17</sup> Ex Plutarco. Giraldo. Sintagma 17. fol. 460.

nio, de decir las cosas que les parecía significar la cosa que les ponía el agüero. Los indios isleños de Santo Domingo y Cuba y otras islas tenían un modo de decir cosas futuras peregrino y raro. Éste era que tomaban ciertos polvos, y echados en un cañuto como una pequeña flauta, poníanlos en las ventanas de las narices y sorbiéndolos recibían aquella cantidad que convenía para el acto que representaban y conforme era el negocio que pretendían. Con estos polvos quedaban privados (aunque no del todo) del sentido y, como borrachos, luego hablaban un lenguaje confuso y sordo, como diciendo algunas deprecaciones, y con esto se hacían dignos de que unas estatuas que tenían presentes les hablasen y recibiesen respuesta de ellas de lo que pretendían; y por esta manera se les descubrían los secretos y ellos adivinaban; y de allí oían, si les estaba por venir algún bien o mal o alguna adversidad o daño, porque por orden del demonio, que se metía en la estatua, les era dicho aquello que pretendían. Éste era oficio sacerdotal, aunque las más veces salían falsas y mentirosas las cosas que estos ministros de Satanás decían y eran más sueños fingidos que verdades ciertas, como parece en muchos ejemplos que pone San Agustín.<sup>18</sup> Pero como estaban engañados de los demonios, permitiéndolo Dios por sus pecados, no caían en el engaño y así permanecían en aquella creencia de aquellas cosas, pareciéndoles como que fuesen dichas por deidad suprema y persona que no podía errar en nada; siendo su mayor certidumbre no tenerla y su mayor verdad mentira.

A este modo de saber cosas futuras eran también los judíos muy inclinados, así como todas las otras naciones erradas del mundo;<sup>19</sup> y por esto aquel rey Manasés hizo multiplicar en todo su reino de estos falsos profetas, para que en todas las partes de él los hubiese, para que diesen respuestas en los casos graves y de importancia que ocurriesen, echasen juicios y diesen aviso de las cosas por venir. Y como era idólatra y muy dado al culto de los ídolos, no creía él, ni los del pueblo, que estaban a su obediencia poder cumplir perfectamente con el servicio y culto de los dioses que en estatuas adoraban, si no tenían muchos de aquellos sacerdotes adivinos y agoreros. Y por la misma causa la maldita reina Jezabel, que servía y adoraba a Baal, tenía cuatrocientos y cincuenta de éstos, como se lee en el tercero *De los reyes*.<sup>20</sup> La inclinación, que decimos haber tenido los judíos, a este modo de agüeros y supersticiones, les nació de la comunicación y trato que tuvieron con los gentiles, entre los cuales eran muy estimados estos sacerdotes, porque el oficio que tenían de agorar, lo tenían por sobrenatural y divino; y habiendo de seguir sus ritos y ceremonias y profesar la idolatría que ellos profesaban, habían también de recibir esta superstición, tan común entre ellos, por tenerlos por profetas, pero en realidad de verdad eran falsos. También los usaron, porque como los hombres son amigos naturalmente de saber las cosas futuras, las cuales no es posible que sepan, por ser atributo a sólo Dios verdadero perteneciente, que se

<sup>18</sup> De Civit. Dei, lib. 3. et. 4.

<sup>19</sup> 4. Reg. 31, 6.

<sup>20</sup> 3. Reg. 18.

incluye en el de su saber infinito, por esto trabajan cuanto pueden para rastrear algo de esto que tanto desean; de donde nació que de muy atrás los engañase el demonio, porque como tenían apetito de saber cosas futuras y por venir y no podían por sí mismos, salió de través el demonio y enseñóles otras muchas artes supersticiosas, para que por ellas algunas veces, a vueltas de muchas mentiras, atinasen con alguna verdad y ésta, mezclada con algún grande error, como dice el Abulense.<sup>21</sup> Y por estas artes mágicas y supersticiosas comenzaron a honrar al demonio, porque de tal manera las instituyeron y enseñaron, que de su ejercicio no podía ser menos que recibir honra su inventor. Y como los judíos se inclinaban (como las otras naciones del mundo) a querer saber cosas futuras, y éstas se sabían por estos ministros diabólicos, era fuerza tenerlos y constituirlos como hizo el mal rey Manasés. De aquí es que Dios dio a su pueblo tanta suma de profetas que los pudieron enseñar y dar razón de las cosas ocultas y por venir, y en ellas hablaban con toda verdad, a diferencia de estos agoreros y adivinos que no la decían; y cuando atinaban con alguna, era con máscara y rebozo de mucha incertidumbre y duda. También respondían los sacerdotes a las dudas del pueblo y república y negocios arduos y graves de los reyes, vestidos del racional y efod. Y porque estas respuestas eran más ciertas en los profetas y sacerdotes de Dios verdadero que las de los falsos ministros de los ídolos, por esto eran muy estimados en el pueblo de Israel;<sup>22</sup> y por consiguiente sus moradores se apartaban de las falsedades de los adivinos y pitones, como se dice en *Los números*,<sup>23</sup> cuando dice el sagrado texto: No hay ídolo en Jacob, ni divinación en Israel, y en sus tiempos se dirá a Jacob y a Israel lo que el señor había de hacer y obrar; quiere decir: Aunque los israelitas no tengan ídolos ni artes adivinatorias ni se rijan por agüeros, con todo eso en las ocasiones necesarias, y cuando sea menester, tendrán respuestas de Dios con toda verdad y certidumbre; y esto por sus profetas y sacerdotes santos, vestidos con los ornamentos necesarios para merecer recibir las divinas respuestas del oráculo soberano y celestial. Pero como estos israelitas se apartaban de Dios, por la idolatría, aplicábase a las costumbres de los idólatras, y tenían, como ellos, sus sacerdotes agoreros para que por sus diabólicas artes les dijese lo que deseaban, aunque mintiesen en ello. De éstos son los que multiplicó, en su tiempo, Manasés y tenía antes Jezabel en servicio de su falso y mentiroso dios Baal.

Tampoco estuvo libre nuestra España de este error y ceguera gentilica, aunque ahora, por la misericordia de Dios, tiene muy arraigada la fe cristiana; de la cual cuenta Estrabón,<sup>24</sup> que los vecinos de la ribera del río Due-ro eran bien dados a los sacrificios, y miraban con atención las asaduras de los animales y ninguna cosa de ellas cortaban; y consideraban mucho las venas de los lados y, revolviéndolas y tocándolas, conjeturaban por ellas

<sup>21</sup> Tostatus in praedict. loc. Reg.

<sup>22</sup> R. Kimchi. ad cap. 20. Iud. Ioseph. Antiq. lib. 3. cap. 9. Exod. 28. 1. Reg. 23. et 30.

<sup>23</sup> Núm. 34.

<sup>24</sup> Strab. lib. 3. Geograph.

las cosas por venir y futuras; y de las tripas de los cautivos que mataban sacaban sus adivinaciones, las cuales cubrían con unas mantas de sayal o jergas gruesas, y conforme hallaban ser heridas pronosticaban los bienes o males que esperaban. Por aquí se verá cómo todos los hombres son unos en maldad, cuando son desamparados de la gracias y doctrina de Cristo, la cual es la que da lumbre del verdadero Dios, y por consiguiente libra las ánimas en quien se infunden los errores y ceguedad de la idolatría y limpia las horrruras y supersticiones y otras abominaciones que la idolatría trae consigo; de cuyos ministros se aprovecha el demonio para engañar a los hombres. Todas las gentes del mundo, antes del advenimiento de Cristo, experimentaron lo dicho y las de estos reinos de la América (cuarta parte del mundo) hasta los siglos presentes, adonde entrando la fe pocos años ha lo extirpó y asoló todo y dejó el verdadero culto a Dios verdadero debido.

CAPÍTULO XVIII. *De la autoridad, estimación y crédito de el sacerdocio, y la opinión en que los sacerdotes han estado entre todas las naciones del mundo, entre los cuales se nombran estos de esta Nueva España*



O SÓLO LA DIGNIDAD SACERDOTAL fue estimada y tenida en mucho entre las gentes idólatras y gentiles, pero gozó de grande poder y autoridad. Por lo cual dijo Plutarco,<sup>1</sup> que en algunos lugares de Grecia tuvo igual autoridad el sacerdote con el rey, entendiéndolo de los atenienses y lacedemonios, que según Cicerón<sup>2</sup> eran llamados los sacerdotes mantes a los negocios públicos para que con las justicias los difiniesen y sentenciasen; y daban los lacedemonios a su rey por coadjutor de las causas un sacerdote adivino. Entre los egipcios fue de tanta estimación que, como cuenta Eliano,<sup>3</sup> eran los sacerdotes jueces de causas y tenían la mayor honra y dignidad, después de los reyes. Esto se puede colegir de la Sagrada Escritura, como se dice en el *Génesis*,<sup>4</sup> cuando, habiendo dado Faraón a Joseph el gobierno de su reino y héchole su segunda persona, sin reservarle más que la corona que traía sobre su cabeza, remató las mercedes comenzadas con darle por mujer la hija de Putifar, sacerdote que a no ser suma dignidad no se la diera tras de tantos favores. Y en el capítulo 47 se dice que el rey había dado tierras a los sacerdotes y que de toda la comunidad se les daban los mantenimientos necesarios y que sus tierras siempre permanecieron libres de toda pensión y tributo real. Diodoro<sup>5</sup> da más en particular las razones de la dignidad de aquellos sacerdotes, de las cuales es la una por el oficio y cuidado que tenían de honrar los dioses; y la otra,

<sup>1</sup> Plut. quaest. Rom. ult.

<sup>2</sup> Cicer. lib. 1. de Divin.

<sup>3</sup> Aelian. lib. 14. de Va. Hist. cap. 34.

<sup>4</sup> Genes. 41, 41. et 42.

<sup>5</sup> Diod. lib. 7. cap. 3.